

*La dama  
de  
Hawthorne*

*La dama de Hawthorne*

Título original: *An Elegant Façade*, libro 2 de la serie *Hawthorne House*

© 2016 by Kristi Ann Hunter

Originally published in English under the title:

*An Elegant Façade*

by Bethany House Publishers,

a division of Baker Publishing Group,

Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved

© de la traducción: Eva Pérez Muñoz

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Paseo de Gracia 118, principal

08008 Barcelona

[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)

[www.facebook.com/librosdeseda](http://www.facebook.com/librosdeseda)

@librosdeseda

[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz, Sdad. Coop.

Imagen de la cubierta: © Susan Fox/Arcangel Images

Primera edición: noviembre 2017

Depósito legal: B. 24799-2017

ISBN: 978-84-16973-27-9

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

*Kristi Ann Hunter*

*La dama  
de  
Hawthorne*



Libros de  
*seda*



*Para el Dador de dones perfectos,  
incluso de aquellos que no entendemos en su momento.*

SANTIAGO, 1:17

*Y para Jacob,  
por ser la voz de mi cabeza cuando la necesitaba,  
incluso cuando no la quería.*



## Nota de la autora

Para los lectores de *Por fin en Marshington Abbey*:

Lo primero que quiero es agradecerlos que hayáis decidido continuar conociendo a la familia Hawthorne y compartir sus viajes. En esta novela encontraréis la historia de Georgina que, tal y como nos tiene acostumbrados, se negó a esperar pacientemente su turno. Al comienzo del libro, os daréis cuenta de que las cosas no están tal y como se quedaron en *Por fin en Marshington Abbey*. Esto es porque la historia de Georgina empieza antes de que termine la de Miranda. Espero que os guste esta excepcional oportunidad de ver algunos acontecimientos desde una perspectiva diferente y sabed que no tardaréis mucho en aventuraros en un nuevo territorio.

Si es vuestra primera visita a Hawthorne House, os aseguro que podréis disfrutar de vuestra estancia sin necesidad de ninguna lectura anterior. Eso sí, si lo poco que veis de la historia de Miranda despierta vuestro interés, os invito a leer *Por fin en Marshington Abbey* y a conocer un poco más su periplo.

Y ahora sí, os dejo con *La dama de Hawthorne*.





# Prólogo



*Hertfordshire, Inglaterra, 1800*

**S**iempre había encontrado fascinante el ritmo que conllevaba la escritura, al menos cuando era otro el que lo estaba haciendo. Sumergir la pluma en el tintero, escribir una línea, volver a sumergir la pluma, escribir otra línea. El sonido de la pluma rasgando el papel rompía el silencio de la noche, únicamente acompañado por la acompasada respiración de *lady* Georgina Hawthorne, que alborotaba los rizos rubios de la muñeca que sostenía contra su pecho.

Se abrazó con más fuerza a la muñeca y asomó la cabeza por el umbral de la puerta. Seguro que su madre era consciente de su presencia. Ella siempre sabía todo lo que pasaba en la casa, incluso que Georgina solía escaparse del cuarto infantil en cuanto la niñera se quedaba dormida.

Aquellas escapadas nocturnas no escondían ninguna maldad. El único momento en que podía encontrar a su madre sola era al caer la tarde, cuando se sentaba en su escritorio a la luz de una vela, rodeada de libros y papeles.

Su progenitora era hermosa, tranquila y poseía todas las virtudes que ella quería tener cuando creciera. Algún día se convertiría en una

dama con su propio escritorio y pluma, y escribiría importantes misivas en mitad de la noche. Por supuesto, primero tendría que aprender a sujetar bien la tiza y escribir la letra A. No era lo mismo que pintar con acuarelas. La niñera le había asegurado que solo era cuestión de tiempo y que muy pronto aprendería a escribir con la misma fluidez que su madre y hermana. Al principio, a todo el mundo le costaba.

—Lo verás mejor si te sientas en una silla. —Su madre volvió la cabeza y esbozó una sonrisa, haciéndole señas para que se acercara a ella.

Sus pequeños pies descalzos apenas hicieron ruido sobre el frío suelo de madera mientras se aproximaba al escritorio con la muñeca salpicada de pintura bajo el brazo. Después, trepó a la silla tapizada de azul junto al escritorio y se concentró en el movimiento de la mano de su madre, que había reanudado la escritura.

—¿Qué estás haciendo?

Su madre se detuvo y dejó la pluma a un lado antes de soplar ligeramente la página llena de líneas con garabatos negros.

—Escribir una carta a tu tía. Me llegó una suya esta mañana hablándome de un potro particularmente bueno y yo le estoy contando lo del nuevo abanico que pintaste ayer.

Georgina volvió a mirar al papel pero no entendió cómo era posible que toda esa tinta negra pudiera decirle nada a la tía Elizabeth sobre el abanico verde cubierto de flores púrpuras y doradas.

—¿Por qué?

Su madre se echó a reír y se inclinó para darle un beso en la cabeza.

—Porque, querida, una dama siempre responde la correspondencia sin demora. Sobre todo cuando es de la familia. Es una de las formas que las damas tenemos de demostrar nuestra estima por la otra persona. En cuanto a por qué le estoy hablando de tu abanico, es porque ha sido un esfuerzo increíble para una niña de tan solo cinco años.

—Oh. —Se detuvo a pensar en todas las veces que había visto a su madre sentada sobre ese mismo escritorio, mojando la pluma en

el tintero y escribiendo durante lo que le parecían horas—. Debes de conocer a muchas personas.

Su madre volvió a sonreír mientras doblaba la carta cuidadosamente.

—Querida, cuando eres duquesa parece que todo el mundo quiere conocer tu opinión sobre algo. A algunos les tengo más aprecio que a otros y disfruto intercambiando correspondencia con ellos, pero una dama siempre tiene que ser educada, incluso en sus misivas.

Georgina miró al otro lado del escritorio, hacia la pila de hojas que habían sido dobladas de forma similar. A la izquierda de las cartas vio un gran libro con las tapas de cuero.

—¿Para quién es ese, madre? Debes de tener a esa persona en muy alta estima.

La risa de su progenitora resonó en la estancia mientras agarraba el libro y lo colocaba frente a ella sobre el escritorio.

—Son las cuentas de nuestra propiedad.

Georgina se puso la muñeca bajo la barbilla, ya que el áspero pelo de la muñeca le picaba en la mejilla.

—¿También has escrito cosas sobre mi abanico ahí dentro?

—No, querida. —Ahora la risa de su madre fue más clara y alegre.

La sentó sobre su regazo. Rodeó con el brazo a su hija más pequeña y levantó la tapa del libro, revelando más líneas negras y recuadros con números.

—Ese es el nueve. —Georgina señaló orgullosa un número a la derecha de la página.

—Sí, así es. Eso es lo que le hemos pagado al joven Charles por cargar todas las cajas de carbón esta semana. —El dedo de su madre se movió desde el número hacia una palabra que había en el lado izquierdo de la página—. ¿Lo ves? He puesto su nombre aquí, junto con la cantidad que le hemos pagado.

Georgina frunció el ceño.

—Pero Timothy llenó mi caja de carbón la semana pasada. ¿Ya no trabaja para nosotros?

—Sí, pero Charles tiene una hermana enferma... ¿o era un hermano? —Su madre arrugó la frente pensativa y buscó otro libro, también encuadernado en cuero, en el estante junto al escritorio. En esta ocasión, las tapas eran de un tono marrón claro, aunque con los bordes y el lomo un poco más oscurecidos, dándole el aspecto de haber sido muy usado. A continuación, lo colocó sobre el escritorio y pasó las páginas llenas de palabras escritas a mano con esmero. Tras varias páginas, recorrió con el dedo la última línea escrita a mitad de la hoja.

—Ah, sí, una hermana. Tiene a una hermana enferma y su madre está teniendo bastantes dificultades para vender en la feria las muñecas que hace y cuidar de la pequeña Clara. Así que hemos contratado a Charles durante un tiempo para ayudar a su familia.

Georgina abrió los ojos asombrada.

—¿Y te has enterado de todo eso por un libro? ¿Es un libro mágico? La niñera me leyó un cuento donde salían unas botas mágicas, pero un libro mágico sería mucho más emocionante.

—No, querida, no es un libro mágico, aunque sí es mi pequeño secreto. Algún día, cuando te encargues de llevar tu propia casa y ayudes a tu marido a supervisar a los arrendatarios, necesitarás un libro como este. —Le acercó un poco más el libro, para que pudiera verlo mejor—. En cuanto me entero de algo que tiene que ver con los nuestros lo escribo aquí. Una dama siempre debe saber lo que sucede en su casa. Si falla en ese cometido, afectará a toda su familia. Por eso lo escribo todo.

Georgina deslizó los dedos por una página, recorriendo todas las palabras.

Su madre hizo un gesto de aprobación.

—Todo. Cada arrendatario, cada sirviente, cada vendedor ambulante. De esa forma tu hermano... —Se aclaró la garganta—. Cuando

tu hermano vuelva del internado, su gente tendrá la sensación de que todavía les conoce, que le importan, que está listo para ser el duque.

—Y algún día yo tendré un libro como este.

Su madre asintió.

—Sí, te lo recomiendo.

Georgina dio una palmada al libro de las cuentas de la propiedad y preguntó:

—¿Y también tendré uno de estos?

Los ojos de su madre se empañaron de lágrimas al tiempo que la apretaba con más fuerza con el brazo que le rodeaba los hombros.

—Si Dios quiere, nunca tendrás que llevar las cuentas de ninguna propiedad. Tu padre... —Se le quebró la voz y tardó unos segundos en recomponerse—. Tu padre siempre se encargaba de estos menesteres. Un día tu hermano me relevará de esta carga, pero hasta que no termine sus estudios me toca a mí encargarme de que todo siga funcionando sin problemas. También tengo un libro más pequeño sobre las cuentas de la casa. Ya te hablaré de esa tarea más adelante.

Georgina se fijó en los ojos azules de su madre, todavía húmedos por la emoción, pero también fuertes y serenos mientras miraba a su hija pequeña.

—Cuando sea mayor, quiero ser una duquesa como tú, madre.

Su progenitora esbozó una enorme sonrisa y la estrechó contra su pecho.

—No hay tantos duques disponibles; puede que tengas que conformarte con un conde. Pero no te preocupes. Cuando tengas tu propio libro secreto, todo el mundo creerá que eres la más atenta de las damas. Serás la envidia de la aristocracia. Y ahora dime, ¿dónde está la niñera? ¿Ha vuelto a quedarse dormida mientras te leía un cuento?

Georgina asintió con la cabeza.

—La pobrecita Margery solo tiene un zapato, pero Tommy tiene dos y tiene que ir a Londres. Margery no y se pone muy triste, pero al

menos el hombre que se lleva a Tommy a Londres regala a Margery un par de zapatos para que se consuele con ellos.

Su madre sonrió.

—Al menos podrás decirle dónde lo dejasteis cuando recoja el libro mañana. Y hablando de zapatos, veo que no te los has puesto. Déjame que termine aquí y te llevo arriba.

Georgina esperó a que su madre sellara la última carta con un poco de cera y apagara las velas. Bajo el resplandor de la mortecina luz, el estudio parecía un lugar mágico, como aquellos que salían en las historias que la niñera le contaba todas las noches antes de quedarse dormida. Lo único que faltaba era una de esas muñecas con forma de hada que hacía la madre de Charles y que vendía en la feria. Algún día Georgina sería igual que su madre y tendría su propio estudio.

Solo que su estudio tendría hadas de verdad.

# Capítulo 1



*Londres, Inglaterra, Primavera de 1813*

**L**a perfección, incluso la que solo era aparente, era una proeza casi imposible de lograr. *Lady* Georgina Hawthorne lo sabía de primera mano. Se había pasado los tres últimos años de su vida preparándose a conciencia y planeando hasta el más mínimo detalle, dispuesta a que su primera temporada fuera perfecta o, por lo menos, a convencer a todo el mundo de que lo era.

Mostrar algo menos que la más absoluta excelencia podría llevar a que alguien descubriera la verdad: que no solo era imperfecta, sino que lo era por naturaleza.

Si la brillante creación que tenía frente a ella, envuelta en papel de seda, era una señal de lo que estaba por venir, su arduo trabajo estaba a punto de cosechar unos frutos extraordinarios.

—Es más bonito de lo que imaginaba —murmuró Harriette, su doncella personal y amiga, con un reverente susurro al tiempo que extendía la mano para acariciar la ristra de plumas que sobresalían del borde superior izquierdo de la máscara—. Es usted asombrosa.

Georgina sonrió, incapaz de reprimir el impulso de tocar aquella obra de arte. Aunque había que reconocer al artesano su enorme habilidad a la hora de fabricarla, no sentía modestia alguna en reconocer

que ella también había puesto su parte, dándole al hombre dibujos detallados de lo que quería exactamente.

—Si todo lo demás funciona conforme a lo planeado, al final de la temporada estaré casada y bien casada. —Con un suspiro, Georgina colocó la tapa sobre la caja, ocultando la delicada máscara. Por mucho que le gustara quedarse allí mirándola embobada durante tres días seguidos, no podía arriesgarse a estropear la seda blanca o las brillantes plumas del mismo color antes del baile—. ¿Ha llegado ya el vestido?

—Lo trajeron esta mañana. —Harriette se hizo con la caja que contenía la máscara y desapareció dentro del vestidor de Georgina. Instantes después salió con un gran paquete blanco en los brazos—. También es magnífico.

Georgina luchó contra el inicial impulso de entusiasmo que se apoderó de ella e intentó mirar el vestido con ojo crítico. Si necesitaba cambiar algo, ese era el momento. Solo faltaban tres días para el baile. Y aunque se tratara de un baile de máscaras, sería su presentación en sociedad. No podía ser solo perfecto. Tenía que ser excepcional.

Necesitaba estar espectacular en su debut si quería que todo el mundo se olvidara de lo estúpida que había sido al perseguir al marqués de Raebourne el año anterior antes de terminar oficialmente la escuela. Eso era lo que a una le pasaba cuando dejaba que las emociones tomaran el control y la apartaran de su plan. El marqués habría colmado sus expectativas a la perfección, pero el absurdo interés que este demostró por una mujer de escasa relevancia colocó fuera de su alcance a su principal objetivo marital.

Aun así, nunca debería haber permitido dejarse llevar por el pánico y contarle a *lady* Helena Bell secretos de la familia. Tendría que haber sabido que *lady* Helena no sería capaz de usar aquella información para romper el compromiso de la pareja. Fue tremendamente embarazoso, pero Georgina aprendió una importante lección: no podía contar con la ayuda de nadie para llevar a cabo sus planes.

Ese año todo dependería de ella.

Miró a su doncella, que estaba inspeccionando la falda en busca de algún hilo suelto. Sí, de ella y de Harriette. Siempre se podía confiar en la fiel Harriette. De hecho, estaría perdida sin ella.

—Tu hermano está a punto de empezar la escuela, ¿verdad?

La doncella alzó la vista y la miró estrechando sus corrientes ojos castaños sobre su también común y redondeado rostro. Después, se irguió todo lo que su estatura media le permitió y la reprendió con su voz siempre cargada de una extraordinaria inteligencia y tenacidad.

—Ya se ha ocupado de eso. No voy a aceptar ni un solo penique más de su asignación.

Georgina intentó disimular una sonrisa mientras su amiga asentía con gesto decidido antes de volver a prestar atención al vestido.

Aunque nadie en Londres pudiera creérselo, ambas eran amigas. Nadie sobre la faz de la Tierra la conocía mejor que Harriette. Sin la amistad de esa mujer desde su infancia, Georgina nunca habría podido ocultar sus defectos a su perfecta y aristocrática familia. Todos la veían como una mocosa malcriada; una condición que usaba a su favor tan a menudo como le era posible.

—Puedo decir a Griffith que te aumente el sueldo. No dudaría nunca de mi palabra. Seguramente cree que te lo mereces de sobra.

Harriette dispuso el vestido sobre la cama y atravesó la habitación para agarrarle de las manos.

—No se preocupe. Llevo con usted desde que tenía siete años. No voy a irme a ningún lado.

Resultaba difícil creer que Harriette solo tenía veinte años, dos años más que ella. A veces parecía demasiado madura para su edad.

Georgina se mordió el labio.

—Va a funcionar, ¿verdad?

—Deje de hacer eso —ordenó Harriette moviendo un dedo frente a su cara—. Si se muerde los labios terminarán agrietándose.



Georgina se acarició el labio inferior con un dedo.

La doncella asintió antes de continuar.

—Pues claro que va a funcionar. Desde la última temporada, nos hemos leído de cabo a rabo tres veces el *Debrett's Peerage*, el libro más importante de la aristocracia inglesa, y hemos hecho una lista de todos los posibles candidatos. Sabemos quiénes son los solteros que cumplen con sus requisitos. Uno puede llegar a estar a la altura. Cuatro de ellos incluso son duques.

—Teniendo en cuenta que no puedo casarme con mi hermano, creo que son solo tres. —Georgina sostuvo el vestido para el baile contra sí y empezó a girar sobre la habitación, disfrutando de la novedad de tener una prenda de estilo isabelino entre sus manos—. Seguro que Spindlewood acompaña a su nieta esta temporada, aunque hace tiempo que dejó de estar de luto; el suficiente como para plantearse volver a pasar por el altar.

—¿No cree que es demasiado mayor? —preguntó la doncella con los ojos abiertos antes de dejarse caer sobre la silla del tocador.

—Claro que sí. Si muriera, sería una viuda demasiado joven con un vínculo bastante endeble con el siguiente duque. Una posición que no conllevaría apenas poder. —Se puso las zapatillas y se miró una última vez en el espejo—. Es una lástima que su nieto sea tan joven. Ni siquiera ha terminado sus estudios.

Harriette ladeó la cabeza.

—Podría esperarle. Seguro que el año que viene hace su aparición oficial en sociedad.

Como si pudiera permitirse el lujo de esperar todo un año a que el nieto del duque demostrara ser tan socialmente competente como el resto de la familia.

Hizo un gesto de negación antes de acercarse al vestidor para guardar la prenda, seguida por los ligeros pasos de Harriette.

—Lo que necesito, Harriette, es que el duque de Marshington

vuelva de donde quiera que esté, buscando la candidata más adecuada para su reaparición en sociedad. Eso me solucionaría la vida. De hecho, si eso sucediera, creería que Dios está cuidando de mí de verdad. —Lo que significaba que no tenía muchas esperanzas de que aquello ocurriera. Tenía la certeza de que Dios estaba en alguna parte, pero estaba convencida de que la había dado de lado hacía mucho tiempo.

—Todavía queda otro duque, un marqués y dos condes en su lista, aunque me gustaría que reconsiderara la posibilidad de tachar al conde de Ashcombe de ella. Su hermana...

—Mi hermana debería haberse casado con él cuando tuvo la oportunidad. —Georgina inspeccionó el bolso de mano que había preparado para el baile, asegurándose de que llevaba todo lo necesario, incluido un par de bailarinas de repuesto y aguja e hilo en caso de tener que hacer algún arreglo urgente al vestido. No permitiría que nada le estropeará la noche—. Ashcombe es popular, rico y muy consciente de la importancia de la reputación. Se queda en la lista.

Harriette permaneció en silencio mientras colocaba en el estante una capa de terciopelo blanco al lado del vestido para el baile del mismo color.

Una punzada de culpa asaltó sus pensamientos. Ashcombe había cortejado a su hermana durante su primera temporada, pero ese año Miranda iba a empezar su cuarta temporada. Había tenido un sinnúmero de oportunidades para ganarse la mano del hombre. Ahora le tocaba a ella.

Solo había un pequeño detalle que hacía que el conde estuviera en el último puesto de su lista: le parecía soporífero. Pero mejor aburrirse que estar arruinada.

Por enésima vez, deseó que Miranda hubiera encontrado marido el año anterior. La amenaza de que su hermana estuviera a punto de convertirse en una solterona podía suponer un escollo en la incomparable temporada que había planeado. Al fin y al cabo, podían creer que era como ella.

Se llevó la mano al pecho, como si fuera capaz de atravesarlo y controlar el nudo de nervios que se había instalado allí.

—Todo está preparado, *milady*. —Harriette mulló la falda del vestido hasta que las distintas capas de blanco quedaron perfectas.

Los latidos de su corazón se calmaron mientras contemplaba el conjunto que iba a llevar en su presentación en sociedad como adulta. Era el epítome de todo por lo que había estado trabajando con tanto esfuerzo. Entrar del brazo de su hermano, el poderoso duque de River-ton, la convertiría al instante en una de las muchachas más populares de la velada.

El baile de máscaras iba a ser el acontecimiento más importante de su vida.



Estaba en uno de los lugares más feos que había visto en su vida.

Colin McCrae miró por encima de su hombro la desvencijada escalera por la que había subido con tanto cuidado. Desde arriba tenía mucha peor pinta que desde abajo, lo que significaba que tendría que contener la respiración cuando llegara el momento de descender.

Suponiendo que viviera lo suficiente.

Ir a ver a su amigo Ryland sin avisarle no era la mejor idea. Los espías que trabajaban para la Corona solían ser un poco cautelosos a ese respecto. Por suerte, el hombre era de los que miraba primero antes de disparar; una cortesía que seguramente obedecía al hecho de que también era el duque de Marshington. Puede que durante los últimos nueve años hubiera vivido al margen de la sociedad, pero los dieciocho años anteriores los dedicó a aprender a comportarse como un caballero.

Daba la sensación de que en el pasillo de la parte superior de las escaleras alguien había considerado, por lo menos, hacer alguna labor de mantenimiento en la pasada década. En realidad, no era el peor lugar

en el que Colin había ido a ver a Ryland en los cinco años que hacía que se conocían, pero estaba cerca.

Procuró mantener alejado el abrigo de algunas de las sombras de aspecto más lúgubre. Solo porque Ryland hubiera optado por evitar las cosas más refinadas de la vida en aras de la justicia inglesa no significaba que él también tuviera que hacer lo mismo.

Después de dar tres enérgicos golpes en la puerta de madera gris, retrocedió un paso, colocándose de forma que quien quiera que fuera a abrir pudiera verlo.

La puerta se abrió lo suficiente para mostrar la cara y el hombro de Jeffreys, el ayuda de cámara de Ryland, aunque entre sus obligaciones se contaban más bien actividades clandestinas que sacar brillo a los zapatos del duque. Seguramente ese era el único par de estancias de todo el edificio que podía presumir de contar con un sirviente.

Colin sonrió al hombre delgado.

—Por favor, Jeffreys, no me dispares. Le tengo mucho cariño a este abrigo.

Jeffreys se rio y abrió más la puerta, permitiéndole entrar. Estaba convencido de que el ayuda de cámara había escondido tras la espalda alguna pistola antes de ir a abrir.

Otra risa más profunda le llegó desde la habitación de al lado. Colin se dirigió allí y se encontró con Ryland tirado sobre una silla que, siendo muy generoso, podía decirse que estaba tapizada. Más bien se trataba de una serie de hilos que cubrían lo poco que quedaba del cojín.

Ryland señaló el otro asiento que había en la habitación, una sencilla silla de madera que parecía vieja pero lo bastante robusta.

—¿Qué te trae por aquí?

Colin se sentó, cruzó los pies calzados con unas botas altas a la altura de los tobillos y se colocó el sombrero en el regazo.

—¿Te refieres a además de darte la bienvenida por tu regreso a la ciudad?

Su amigo le miró enarcando una ceja con gesto condescendiente, una muestra de la arrogancia aristocrática propia del duque que era, a pesar de que Ryland parecía más un trabajador de un muelle que un miembro de la nobleza.

—Todavía no he regresado oficialmente.

—Mi visita tampoco es oficial.

Ryland trabajaba para el Ministerio de la Guerra. Colin no. Al menos no de forma que nadie pudiera considerar oficial. De vez en cuando había puesto al servicio del ministerio su capacidad de observación y contactos para ayudar en alguna de las misiones. Y aunque siempre procuraba negarse con la suficiente frecuencia como para que el ministerio no se aprovechara de él, nunca rechazaba ninguna petición de Ryland.

Precisamente había sido una de esas peticiones la que le había llevado a ese destartado edificio.

Ryland se enderezó un poco.

—¿Tienes noticias?

Colin asintió. Recientemente Ryland se había hecho pasar por el ayuda de cámara del duque de Riverton. Riverton estaba al tanto del plan, al fin y al cabo ambos eran amigos desde que comenzaron su educación, y aceptó entablar una serie de correspondencias falsas para atrapar al grupo de espías de Napoleón que operaban desde su propiedad. La contribución de Colin consistió en unas misivas en las que recomendaba aparentes inversiones, entre ellas una mina.

La información que hacía de señuelo, en un primer momento pensada para ser poco más que un relleno de la correspondencia falsa, estaba siendo usada. Y como solo las personas que estaban vendiendo secretos a Francia habían tenido acceso a dicha información, el interés por la mina era, cuanto menos, sospechoso.

Mientras Colin puso al tanto a Ryland de los detalles, Jeffreys se dedicó a sus quehaceres, moviéndose en silencio por la estancia.

Un destello de profunda reflexión cruzó los ojos grises de Ryland. Colin se acomodó en la silla de madera lo mejor que pudo, sabiendo que su amigo podía quedarse contemplando todas las posibles consecuencias de las noticias que le había comunicado durante cinco minutos o cinco horas y que, cuando terminara con sus cavilaciones, querría que él siguiera allí.

—Motivo más que suficiente para que salga de su escondite, excelencia. —Jeffreys sacó un pequeño baúl de debajo de la cama y comenzó a guardar ropa.

Colin se incorporó un poco. La mera curiosidad había dado paso a una auténtica sorpresa. ¿De verdad se estaba planteando Ryland dejar de esconderse? Desde luego era el momento idóneo, con la temporada social a punto de empezar en una semana.

En vez de reprender al otro hombre por interrumpir sus pensamientos, Ryland le lanzó al sirviente una mirada llena de intenciones. Estaba claro que la frase de Jeffreys ocultaba algo que escapaba a su comprensión.

—¿Y ya has decidido dónde debo hacer mi primera aparición?

Solo sus años de experiencia le ayudaron a permanecer en su asiento y mantener la calma. ¿Ryland no solo volvía a Londres sino que también tenía pensando reaparecer en sociedad? ¿Se trataba de una nueva misión? ¿Un nuevo caso que requería que saliera de su escondite? ¿O realmente estaba intentando hacer realidad su deseo de abandonar el espionaje?

Jeffreys se sacó una tarjeta blanca del bolsillo y la arrojó hacia la cama. Ryland la atrapó en el aire, arrugando una de las esquinas.

Colin intentó echar un vistazo a la tarjeta. Parecía una invitación. ¿Quién se la habría mandado? Medio Londres le creía muerto.

—¿Ella asistirá? —preguntó Ryland pasando un dedo por el borde de la tarjeta.

Jeffreys asintió.

—Los criados no paran de hablar de los variados disfraces que han adquirido sus señores y señoras. Esa invitación estaba a nombre de su tía. Price dijo que era una lástima que no la recibiera.

Ryland miró la invitación y sonrió. Sonrió de verdad. El espía hastiado y cansado del mundo estaba sonriendo.

Colin se puso de pie y se inclinó hacia delante para ver la tarjeta, pensando en los gestos y en todo lo que se había dicho desde que llegó. Efectivamente se trataba de una invitación para un baile de disfraces, pero aquel dato palideció cuando la importancia de la declaración de Jeffreys se hizo evidente. Había una muchacha de por medio y, por la cara de Ryland, no estaba relacionada con su trabajo como espía.

Como era un asunto personal y sabía que Ryland no soltaría prenda de forma voluntaria, se volvió hacia el ayuda de cámara.

—¿Así que hay una mujer?

—¿De qué irá disfrazada? —Ryland se golpeó la palma de la mano con la tarjeta, con la esperanza de recibir su respuesta sin permitir que Colin hiciera ninguna pregunta; algo que avivó aún más su curiosidad por saber quién era ella.

—No estamos seguros, pero sabemos que será azul —respondió el ayuda de cámara sin dejar de guardar ropa—. Han visto a su hermana, a su madre y a ella en la modista, encargando vestidos para el acontecimiento. La hermana estaba muy emocionada. La madre no tanto.

—No me sorprende. —Ryland volvió a adoptar ese gesto pensativo. Parecía haber olvidado que Colin continuaba en la habitación—. Los bailes de máscaras no son conocidos precisamente por mantener el sonrojo de la juventud en las mejillas de las jóvenes debutantes. Me extraña que *lady* Blackstone permita que esta sea la primera aparición en público de *lady* Georgina.

Colin nunca había conocido a las damas Hawthorne ni a su madre recién casada en segundas nupcias, *lady* Blackstone, pero sí que había hecho negocios con el hermano mayor, el duque de Riverton,

cuya propiedad había estado vigilando Ryland, haciéndose pasar por un ayuda de cámara.

Aquello iba a terminar mal.

Colin tosió.

—¿*Lady* Georgina Hawthorne?

Aunque no conocía a la joven, sí que había oído hablar de ella. Y lo que había oído la convertía en la última dama que hubiera esperado que despertara el interés de su amigo.

—La anfitriona, *lady* Yensworth, es amiga íntima de *lady* Blackstone. De no ser así, estoy seguro de que no asistirían al baile. —Jeffreys sacó un par de botas destrozadas del fondo del armario—. ¿Nos vamos a quedar con estas?

Ryland enarcó una ceja.

—¿Por qué no?

—Excelencia... —El ayuda de cámara ladeó la cabeza.

Ahora Ryland alzó ambas cejas.

—¿Qué?

—Solo le recuerdo que es usted un duque. No sé mucho sobre la aristocracia, pero sí que no llevan botas como estas.

En circunstancias normales Colin hubiera permanecido en un rincón, contento de poder recabar la mayor información posible de una conversación personal que estaba teniendo lugar en su presencia. Pero en esta ocasión no podía permitirse el lujo de malinterpretar lo que estaba pasando. Simplemente no se lo podía creer.

Se puso de pie y agarró a Ryland por un hombro, incapaz de ocultar el asombro que sentía.

—¿Tienes la intención de cortejar a *lady* Georgina Hawthorne?

Por mucho que quisiera, no podía imaginárselo. Ryland era un caballero por los cuatro costados, pero llevaba demasiado tiempo viviendo entre las sombras como para considerarlo un hombre refinado. Sin duda haría trizas a una delicada flor de la sociedad.

—¿Qué? No. —Ryland cambió de postura en su asiento. Nunca le había visto tan incómodo.

Se volvió y lanzó una mirada inquisitiva a Jeffreys. Era obvio que algo estaba alterando al normalmente imperturbable duque, y como Colin era un buen amigo, no podía esperar a sonsacárselo al otro hombre.

Jeffreys miró las botas y frunció el ceño.

—A la hermana mayor, señor.

—Ah. —Colin se relajó considerablemente y sonrió. No había oído mucho sobre *lady* Miranda, pero sí lo suficiente como para saber que sería mucho más adecuada para un hombre que había pasado los últimos nueve años escondido entre las sombras. Cualquiera mujer dispuesta a rechazar un buen número de propuestas de matrimonio tenía que poseer a la fuerza su buena dosis de coraje; algo necesario si el peligro decidía seguir a Ryland hasta su casa.

Ryland fulminó a Jeffreys con la mirada mientras este continuaba recogiendo sus pertenencias por la habitación.

—¿Por qué le cuentas mis secretos al señor McCrae, Jeffreys? ¿No se supone que debes guardarme lealtad?

—Por supuesto, excelencia. Por eso no le he dicho al señor McCrae que lleva suspirando por la joven desde que abandonó su puesto en la casa hace varios meses. —Jeffreys arrojó las destrozadas botas al baúl—. Solo el más indiscreto de los ayudados de cámara revelaría que estuvo usted paseando de un lado a otro por esta estancia, pensando en qué hacer, cuando ella llegó a Londres.

Colin se echó a reír con tantas ganas que tuvo que sentarse de nuevo en la silla y llevarse la mano derecha al costado. Ryland había dejado Riverton antes de Navidad, después de enviar a la panda de traidores, que estaba huyendo, a esconderse en la gran ciudad. Le resultaba de lo más divertido imaginárselo languideciendo por una mujer tanto tiempo.

Su amigo apartó la vista del ayuda de cámara y le lanzó una mirada calculadora.

—¿Supongo que no has recibido una invitación para este baile?

Colin se tragó la risa y asintió. Debería haber sabido que no podría evitar que le arrastraran a cualquier plan que hubieran ideado Ryland y su sirviente. Aunque para ser sinceros, si aquello incluía ver a su amigo en un apuro sentimental, no quería perderselo.

—Sí que la he recibido. No tenía intención de ir, pero si vas a estar allí tendré que cambiar de planes. La gente no sabrá qué hacer con un cotilleo tan jugoso.

Ryland volvió a golpear la invitación contra su mano.

—Creo que un baile de disfraces nos irá de perlas. Así puedo ayudar a que se haga a la idea de que he vuelto a la capital, pero sin que me reconozca.

Reprimió un gruñido. *Lady* Miranda ya había conocido a Ryland, aunque no como duque, sino como el supuesto sirviente de su hermano (el papel que había desempeñado mientras investigada a los espías franceses en Hertfordshire). Era obvio que la dama ya se había llevado una impresión considerable de Ryland, y era posible que él también de ella, a pesar de su posición como criado. Eso sí, no existía estima suficiente en este mundo que lograra hacer feliz a una mujer a la que habían engañado durante meses.

Ni tampoco le iba a suponer alivio alguno que le dieran a conocer una revelación de tal magnitud.

Por no mencionar el hecho de que Ryland, por lo menos hasta donde él sabía, seguía buscando de forma activa al espía de Napoleón que se le había escapado.

—¿Y la misión?

El duque se encogió de hombros.

—Todas las pistas, menos una, están paradas. Cualquier agente del ministerio puede seguir a Lambert con la misma facilidad que yo.



Colin miró a Jeffreys, que negaba con la cabeza como si estuviera de acuerdo con él en que no había nada que pudiera hacer cambiar de parecer a Ryland. Era evidente que el duque no estaba pensando con claridad.

La vida de Ryland estaba a punto de volverse muy complicada. Y Colin tenía pensado ser testigo de primera mano. A fin de cuentas, contemplar cómo Ryland se las arreglaba para llegar a esa misma conclusión iba a ser demasiado divertido como para perderselo.